

minotauro

# WILLIAM GIBSON

CONDE CERO  
Trilogía del Sprawl 2



# WILLIAM GIBSON

CONDE CERO

minotauro

*Conde Cero*

© 1986 by William Ford Gibson  
Originalmente publicado como *Count Zero*

© Traducción: David Tejera Expósito, 2021

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.  
Copyright © 2023 Editorial Planeta, S.A., sobre la presente edición.  
Reservados todos los derechos.

ISBN: 978-84-450-0945-1  
Depósito legal: B. 11.992-2022  
*Printed in EU / Impreso en UE.*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Inscríbete en nuestra newsletter en: [www.edicionesminotauro.com](http://www.edicionesminotauro.com)  
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro  
Twitter: @minotaurolibros

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

# 1

## Un arma bien engrasada

Enviaron un sabueso explosivo en busca de Turner por Nueva Delhi, cargado con sus feromonas y el color de su pelo. Se topó con él en una calle llamada Chandni Chawk y persiguió su BMW alquilado haciendo zigzags mientras se abría paso por un bosque de piernas marrones y desnudas y ruedas de bicitaxis. Albergaba en su interior un kilogramo de hexógeno recristalizado y láminas de TNT.

No se lo esperaba. Lo último que vio de la India fue la fachada rosada de estuco de un lugar llamado Hotel Khush-Dil.

Había conseguido un contrato ventajoso porque tenía un buen agente. Y estaba en Singapur una hora después de la explosión gracias a ese contrato. La mayor parte de él, al menos. Al cirujano holandés le gustaba bromear sobre ese porcentaje indeterminado de Turner que no había conseguido salir del Palam International en ese primer vuelo y había tenido que pasar la noche allí, dentro de una cuba de soporte vital.

El Holandés y su equipo habían tardado unos tres meses, más o menos, en recomponer a Turner. Clonaron un metro cuadrado de piel para él, la cultivaron en

planchas de colágeno y polisacáridos de cartílagos de tiburón. Compraron los ojos y los genitales en el mercado libre. Los ojos eran verdes.

Pasó la mayor parte de esos tres meses en una creación simestim generada por ROM de una infancia en una Nueva Inglaterra idealizada del siglo anterior. Las visitas del Holandés eran sueños de amaneceres grises, pesadillas que se desvanecían a medida que el cielo se iluminaba al otro lado de la ventana de su dormitorio en el segundo piso. Era un lugar en el que se olía el aroma de las lilas a altas horas de la noche. Leía a Conan Doyle a la luz de una bombilla de sesenta vatios cubierta por una pantalla apergaminada impresa con ilustraciones de veleros clíperes. Se masturbaba entre el olor de sábanas de algodón limpias mientras pensaba en animadoras. El Holandés abrió una puerta de la parte de atrás de su cerebro y entró para hacerle preguntas, pero la madre de Turner lo llamaba por las mañanas para desayunar cereales, huevos con beicon y café con leche y azúcar.

Y una mañana se despertó en una cama extraña, y el Holandés estaba junto a una ventana por la que se derramaba un verde tropical y una luz del sol que le dañaba la vista.

—Ya puedes volver a casa, Turner. Hemos terminado contigo. Te hemos dejado como nuevo.

Estaba como nuevo, aunque desconocía el significado exacto de la expresión. Cogió los enseres que le dio el Holandés y voló lejos de Singapur. Su hogar era el siguiente Hyatt de aeropuerto en el que se hospedase.

Y luego el siguiente. Como siempre.

Voló. Su chip de crédito era un rectángulo negro y espejado de bordes dorados. Las personas que había

detrás de los mostradores le sonreían al verlo y asentían. Después se abrían puertas que se cerraban detrás de él. Ruedas que chirriaban en el ferrocemento y bebidas, y la cena estaba servida.

En Heathrow, una masa ingente de recuerdos se desprendió de esa cúpula blanca que era el cielo del aeropuerto y cayó sobre él. Vomitó en un bote de plástico azul sin detenerse. Cambió el billete cuando llegó al mostrador que había al final del pasillo.

Voló a México.

Y lo despertó el traqueteo de cubos de acero contra el embaldosado, el roce húmedo de las escobas, el cuerpo cálido de una mujer contra el suyo.

La estancia era una cueva alta. El yeso blanco y desnudo hacía que el sonido reverberase con demasiada facilidad; también se percibía de fondo el rumor de la marea, ahogado por el estrépito matutino de las limpiadoras en el patio. Las sábanas que aferraba eran de cambray áspero, suavizado después de lavarlo en innumerables ocasiones.

Recordó un haz de luz del sol a través de un enorme ventanal tintado. Un bar de aeropuerto, Puerto Vallarta. Había tenido que caminar veinte metros después de salir del avión, con los ojos entrecerrados para evitar la luz. Recordó un murciélago muerto aplastado como una hoja seca en el hormigón de la pista.

Recordó que había subido a un autobús, y luego una carretera de montaña y el hedor de la combustión interna; los rebordes del parabrisas, cubiertos por estampas holográficas de santos de colores azul o rosado. En vez de prestarle atención al paisaje escarpado, se centró en una esfera de metacrilato rosa y en la danza

nerviosa del mercurio en su centro. El pomo que coronaba el acero doblado que hacía las veces de palanca de cambios era un poco mayor que una pelota de béisbol. Lo habían modelado con la forma de una araña agazapada de vidrio, hueca y llena hasta la mitad de mercurio, que salpicaba y se deslizaba cada vez que el conductor tomaba una de las curvas serpenteantes o se agitaba y temblaba con las rectas. El pomo era absurdo, artesanal y siniestro. Esa era la manera que tenía México de darle la bienvenida.

Entre la docena de microsofts que le había dado el Holandés, había uno que le permitiría hablar el idioma del país con fluidez. Pero una vez en Vallarta había extendido la mano hacia la parte trasera de su oreja izquierda e insertado una tapa antipolvo con la que ocultar el puerto. Después había cubierto tapa y puerto con un cuadrado de cinta microporosa de la tonalidad de su piel. Uno de los pasajeros que se acomodaban en la parte trasera del autobús llevaba una radio, y una voz interrumpía de manera periódica la estridente música pop para recitar una especie de letanía, cifras de diez dígitos, los números ganadores del sorteo diario de la lotería nacional.

La mujer que se encontraba junto a él en la cama se agitó en sueños.

Se incorporó sobre un codo para mirarla. Tenía la cara de una extranjera, pero no esa a la que lo había acostumbrado su vida en los hoteles. Esa que consistía en una belleza rutinaria propia de la cirugía opcional y del implacable darwinismo de la moda, un arquetipo que parecía haber salido del mismo molde que los rostros de las grandes celebridades de los últimos cinco años.

Su mandíbula tenía un aire como del Medio Oeste, algo chapada a la antigua y decididamente estadouni-

dense. Una tela azul y arrugada le cubría las caderas, y la luz del sol que penetraba a través de los listones de madera proyectaba unas franjas doradas en sus largos muslos. Los rostros con los que él se despertaba en los hoteles de todo el mundo eran como los adornos del capó de Dios. Rostros de mujer adormilados, idénticos y solitarios, mujeres desnudas que se encaminaban directas hacia el vacío. Pero aquel era diferente. Tenía un significado intrínseco. Un significado y un nombre.

Se sentó en la cama y dejó las piernas colgando. Notó arena de playa en los talones al apoyar los pies en las baldosas frías. Flotaba en el ambiente un olor a insecticida tenue pero penetrante. Se puso en pie, desnudo y abotargado. Movi6 un poco las piernas. Camin6 y prob6 a abrir las dos primeras puertas, donde encontr6 azulejos blancos, m6s yeso blanco y la protuberante alcachofa de cromo de la ducha, que colgaba de una tubería de acero herrumbrosa. De los grifos del lavabo salían sendos chorros de agua tibia como la sangre. Había un antiguo reloj junto a un vaso de plástico, un Rolex mecánico con una correa de cuero blanquecino.

Las ventanas de postigo del baño no tenían cristales; en vez de eso, las recubría una malla de plástico fina y verde. Ech6 un vistazo al exterior entre los listones de madera, entorn6 los ojos a causa de la reluciente y calurosa luz del sol y vio una fuente seca de baldosas estampadas de flores y los restos oxidados de un Volkswagen Rabbit.

Allison. Se llamaba Allison.

Llevaba unos pantalones cortos y raídos de color caqui y una de sus camisetas blancas. Tenía las piernas muy morenas. El Rolex mecánico, con esa carcasa mate de acero



inoxidable, le rodeaba la muñeca izquierda con la correa de piel de cerdo. Siguieron caminando y doblaron la curva de la playa en dirección a Barra de Navidad. Recorrieron la franja estrecha de arena húmeda y compacta que se extendía por encima de la línea de costa.

Habían tenido una historia juntos. Recordaba haberla visto en un puesto esa mañana, en el pequeño mercado de techo metálico del pueblo, recordaba cómo sostenía con ambas manos la enorme jarra de barro con café. Huevos pochados con salsa sobre una tortilla de maíz en platos blancos y resquebrajados, moscas que volaban en círculos alrededor de haces de luz que atravesaban las hojas de palmera y el revestimiento de metal corrugado. Le dijo que trabajaba en un bufete de abogados de Los Ángeles y que vivía sola en las aldeas flotantes de las afueras de Redondo. Él le contó que trabajaba en recursos humanos.

—Puede que ande buscando otro oficio.

Pero la conversación era algo secundario para ellos. Un rabihorcado que planeaba en las alturas contra el tenue viento viró a un lado, giró y luego desapareció. Ambos se estremecieron al contemplar su libertad, cómo planeaba impasible. Ella le apretó la mano.

Una figura azul apareció en la playa, de camino hacia donde se encontraban ellos. Era un policía militar que se dirigía al pueblo, con botas negras y lustrosas de aspecto irreal recortadas contra el tenue resplandor de la playa. El hombre pasó junto a ellos, un rostro oscuro e inmóvil detrás de unas gafas espejadas, y Turner se fijó en la carabina láser de Steiner-Optic con mirilla Fabrique Nationale.

Turner había sido soldado por derecho propio durante la mayor parte de su vida adulta, aunque nunca había llevado uniforme. Un mercenario contratado

por grandes corporaciones que libraban una guerra soterrada por el control de economías enteras. Se había especializado en la extracción de altos ejecutivos y personal de investigación. Las multinacionales para las que trabajaba jamás admitirían la existencia de personas como Turner...

—Anoche te bebiste todas las botellas que había en Herradura —dijo ella.

Él asintió. Notó la mano de la mujer caliente y seca entre la suya. Vio cómo extendía los dedos con cada paso; sus uñas pintadas con esmalte rosado y reluciente, ya resquebrajado.

Vio los cachones de las olas al romper, de bordes transparentes como vidrio verde.

El agua roció la piel bronceada de la mujer.

La vida dio paso a un patrón muy sencillo después de pasar el primer día juntos. Desayunaron en el mercado, en un puesto que tenía un mostrador de hormigón desgastado y suave como mármol pulido. Pasaron la mañana nadando hasta que el sol los obligó a regresar al frescor de la habitación cerrada del hotel, donde hicieron el amor bajo las lentas aspas de madera del ventilador del techo. Después durmieron. Por la tarde, exploraron el laberinto de calles estrechas que había detrás de la avenida o fueron de paseo por las colinas. Cenaron en restaurantes cerca de la orilla de la playa y bebieron en los patios de los hoteles blancos. La luz de la luna rielaba en las crestas de las olas.

Y, poco a poco, sin palabras, le enseñó una pasión desconocida. Él estaba acostumbrado al tipo de servicio anónimo que desempeñaban unos profesionales competentes. Ahora, en esa cueva blanca, se arrodilló en el

embaldosado. Agachó la cabeza, la lamió, sal del Pacífico mezclada con la humedad de la mujer, la cara interna de los muslos fría contra las mejillas de Turner. Palmas que se aferraban a sus caderas, la agarró, la levantó como un cáliz, con los labios muy apretados contra ella, mientras la lengua buscaba el epicentro, el punto, la frecuencia que la hiciese sentir como en casa. Y luego, con una sonrisa, montó, entró e hizo lo propio.

A veces hablaban después, largas espirales de historias inconcretas que giraban hasta confundirse con el sonido del mar. Ella decía poco, pero él aprendía con cada una de sus palabras y ella siempre lo apoyaba. Y lo escuchaba.

Pasó una semana. Luego, otra. Despertó el último día que iban a pasar juntos en la misma habitación fría, a su lado. Mientras desayunaban, le dio la impresión de que había algo diferente en ella, una tensión.

Tomaron el sol y nadaron, y la familiaridad de la cama le hizo olvidar las tenues punzadas de la ansiedad.

Por la tarde, ella le sugirió que dieran un paseo por la playa, en dirección a Barra, el camino por el que habían ido aquella primera mañana.

Turner se quitó la tapa antipolvo del puerto que tenía detrás de una oreja e insertó la esquirra de un microsoft. La estructura del idioma se extendió por su mente como una torre de cristal, puertas invisibles ancladas al presente, al futuro, al condicional y al pretérito perfecto simple. La dejó en la habitación, cruzó la avenida y se dirigió al mercado. Compró una cesta de mimbre, latas de cerveza fría, bocadillos y fruta. También le compró unas gafas de sol nuevas al vendedor de la avenida mientras regresaba.

Tenía un moreno oscuro y uniforme. Los remiendos angulosos que le habían dejado los injertos del Holandés habían desaparecido, y ella lo había ayudado a percibir la uniformidad que tenía ahora su cuerpo. Por las mañanas, cuando miraba los ojos verdes en el espejo del baño, eran los suyos; y el Holandés ya no atribulaba sus sueños con chistes malos y toses secas. A veces recordaba retazos de la India, un país que apenas conocía, esquirilas relucientes, Chandni Chowk, el olor a tierra y a pan frito...

Las paredes del hotel en ruinas se encontraban a un cuarto de camino que bajaba en dirección al arco de la bahía. La marea solía arreciar allí: cada ola era como una explosión.

Ella lo arrastraba ahora hacia el agua, y algo había cambiado en las comisuras de sus ojos, había cierta tensión en ellos. Las gaviotas se dispersaban a su paso mientras ellos avanzaban cogidos de la mano por la playa para contemplar las sombras proyectadas por las entradas vacías. La arena había menguado, y la fachada de la estructura había terminado por derrumbarse; sin paredes, el suelo de los tres pisos colgaba como enormes tejas de torcidos y oxidados tendones de acero de un dedo de grosor, todos cubiertos de baldosas de patrones y colores diferentes.

Unas conchas marinas formaban sobre uno de los arcos de hormigón el texto HOTEL PLAYA DEL M con unas letras mayúsculas de caligrafía infantil.

—«Del mar» —aventuró él para completar el nombre, a pesar de que ya se había quitado el microsoft del puerto.

—Se acabó —dijo ella, que cruzó el arco en dirección a las sombras.

—¿Qué es lo que se acabó? —preguntó él mientras la cesta de mimbre rebotaba contra su cadera. La arena estaba fría y seca, y se le deslizaba entre los dedos de los pies.

—Se acabó. Está acabado. Este lugar. No hay tiempo. Aquí no hay tiempo. No hay futuro.

La miró y centró la vista detrás de ella, donde dos somieres oxidados se enmarañaban en el cruce de dos paredes derruidas.

—Huele a orín —observó él—. Vamos a nadar.

El mar se llevó el frío, pero ahora había algo que se interponía entre ellos, distanciados. Se sentaron en una manta de la habitación de Turner y comieron en silencio. Las sombras de las ruinas se alargaron. El viento agitó el pelo bañado por el sol de la mujer.

—Me recuerdas a los caballos —dijo él, al fin.

—Bueno —respondió ella, que parecía hablar desde la más absoluta extenuación—. Se extinguieron hace solo treinta años.

—No —repuso él—. Al pelo. Al pelo de sus cuellos cuando trotan.

—Las crines —corrigió ella, y aparecieron lágrimas en sus ojos—. Que más dará. —Empezó a agitar los hombros. Respiró hondo. Tiró la lata vacía de Carta Blanca a la arena—. Que más dará eso. Que más daré yo. —Volvió a abrazarlo—. Ven aquí, Turner. Ven aquí.

Y mientras se tumbaba y tiraba de él hacia la arena, Turner vio algo, un barco reducido por la distancia a poco más que un guion blanco en la línea que separaba el mar del cielo.

Vio el yate al sentarse y mientras se ponía las bermudas vaqueras. Ahora estaba mucho más cerca, una extensión blanca y elegante que surcaba las aguas. Aguas profundas. A juzgar por la fuerza de la marea, la playa debía de

caer casi en vertical a partir de donde se encontraba. Seguro que por ese motivo la hilera de hoteles terminaba donde terminaba, bastante atrás, y las ruinas no habían sobrevivido. Las olas habían erosionado los cimientos.

—Dame la cesta.

Ella se abotonaba la blusa. Él se la había comprado en una de las tiendecitas destartadas de la avenida. Era de color azul eléctrico, hecha de algodón mexicano y con una manufactura descuidada. La ropa que compraban en las tiendas no solía durar más de un día o dos.

—He dicho que me des la cesta.

Ella lo hizo. Él rebuscó entre los restos de la tarde anterior y encontró los binoculares debajo de una bolsa de plástico con rodajas de piña empapadas en lima y espolvoreadas con cayena. Los sacó, tenían unas lentes compactas de combate de 6 x 30. Quitó la tapa de los objetivos y las acolchadas de los oculares y examinó los ideogramas estilizados del logo de Hosaka. Un bote inflable amarillo rodeó la popa y puso rumbo hacia la playa.

—Turner, yo...

—Levanta.

Hizo un ovillo con la manta y la toalla de ella antes de meterlas en la cesta. Cogió la última lata caliente de Carta Blanca y la colocó al lado de los binoculares. Después se levantó, tiró de ella con presteza para que se pusiese en pie y soltó la cesta entre sus manos.

—Puede que me equivoque —dijo—. En tal caso, sal de aquí. Ataja por el segundo grupo de palmeras. —Señaló—. No vuelvas al hotel. Coge un autobús a Manzanillo o a Vallarta. Vuelve a casa.

Empezó a oír el rugir del motor de la fueraborda.

Vio que ella empezaba a derramar lágrimas, pero no emitió sonido alguno mientras se daba la vuelta y empe-

zaba a correr hacia detrás de las ruinas, aferrada a la cesta. Se tropezó con una pequeña duna. No miró atrás.

Turner se giró en ese momento y miró hacia el yate. El bote inflable rebotaba entre las olas. El barco se llamaba *Tsushima*, y ya lo había visto antes en la bahía de Hiroshima. Había visto la puerta *torii* roja desde su cubierta en Itsukushima.

No necesitaba los binoculares para saber que el tripulante del bote inflable era Conroy, el primer ninja de prueba de Hosaka. Se sentó con las piernas cruzadas en la arena fría y abrió la última lata de cerveza mexicana.

Miró atrás, hacia la hilera de hoteles blancos, con las manos inmóviles sobre una de las barandillas de teca del *Tsushima*. Detrás de los edificios relucían los tres hologramas del pueblecito: Banamex, Aeronaves y la virgen de seis metros de la catedral.

Conroy se hallaba a su lado.

—Un trabajo rápido —dijo—. Ya sabes cómo va.

La voz sonaba neutra y sin inflexión alguna, como si la hubiese modelado con un chip de voz barato. Su rostro era amplio y blanco, lívido como el de un cadáver. Tenía los ojos algo caídos y con ojeras, debajo de una mata de pelo decolorado peinado hacia atrás que dejaba al descubierto una frente amplia. Llevaba un polo negro y unos pantalones de pinza también negros.

—Dentro —añadió al tiempo que se daba la vuelta.

Turner lo siguió y se agachó para entrar en el camarote. Paredes blancas, pino blanquecino e impoluto. La moda corporativa y austera de Tokio.

Conroy se sentó en un cojín bajo y rectangular de ultragamuza gris pizarra. Turner se quedó en pie, con las manos colgando a los costados. Conroy sacó un in-

halador plateado y estriado de la mesa baja y esmaltada que los separaba.

—¿Potenciador de colina?

—No.

El hombre se metió el inhalador en uno de los agujeros de la nariz y esnifó.

—¿Quieres un poco de *sushi*? —Volvió a meter el inhalador en la mesa—. Pescamos unos pargos rojos hace una hora.

Turner no se movió ni dejó de mirar a Conroy.

—Christopher Mitchell —dijo Conroy—. Biolaboratorios Maas. Es el cerebro que hay detrás del híbrido-ma. Parece que quiere pasarse a Hosaka.

—Nunca he oído hablar de él.

—No te creo. ¿Quieres una copa?

Turner negó con la cabeza.

—El silicio está en las últimas, Turner. Mitchell es el tipo que fabrica los biochips y Maas tiene las patentes más importantes. Lo sabes. Es el tipo de los monoclonales. Quiere salir de ahí. Vamos a ayudarlo, Turner. Tú y yo.

—Creo que estoy jubilado, Conroy. Me lo estaba pasando muy bien por aquí.

—Eso es lo que dice el equipo de psicólogos de Tokio. Pero bueno, no es la primera vez que intentas dejarlo, ¿verdad? Esa mujer era una psicóloga, contratada por Hosaka.

Un músculo empezó a palpitar en el muslo de Turner.

—Dicen que estás listo, Turner. Estaban un poco preocupados después de lo de Nueva Delhi y querían comprobarlo de primera mano. Un poco de terapia sin que te dices cuenta. Esas cosas no le hacen mal a nadie, ¿verdad?